

*Sin color, con despedida**

ADOLFO GARCÍA ORTEGA

A Philip Winter

Después de mirar a su hija dormida, Santos salió al patio. Encendió un cigarrillo y vio que todavía la niebla impedía contemplar los montes azules del fondo. Los coches aún llevaban las luces de cruce y los peatones iban desasosegados, dos circunstancias que no llamaron demasiado su atención. De un vistazo comprobó que la puerta de la casa adquiriría un hermoso tono verde pálido. Estaba arañando con las uñas la pintura blanda de la barandilla y al volver la

mirada hacia la niebla sintió un vértigo repentino.

«Fumar para distraerse. Fumar es distraerse. Fumar distrae», se dijo entre dientes, como una melodía.

El frío lo desperezó del todo y cuando entraba de nuevo en la casa para recoger su escaso equipaje, pensó que Azucena tardaría dos o tres días en regresar. Cerró los ojos unos segundos y la niebla seguía ahí, clavada y perenne, exacta.

Mientras caminaba muy lentamente por el pasillo de la casa, miraba los objetos un par de veces, avanzaba como por un museo, examinaba, reorganizaba la mirada para no dejar cabos sueltos; observaba algunas cosas con jactancia, y así, por ejemplo, se reía al pasar por delante de la estantería donde colocaron él y Azucena el álbum de fotos, junto a una vieja campanilla de bronce. También sonreía al encender un juego de lámparas italianas bastante costosas, regalo de sus suegros. Con la sonrisa en la boca todavía, miró un retrato de Azucena con antifaz, de una fiesta de disfraces. Andaba sin tocar nada. En realidad pasaba igual que un reptil, sinuoso y astuto. Giró sobre sí mismo para ver aquel conjunto oscurecido por las sombras y confirmó la vulgaridad de la casa.

Se fue. Mientras bajaba por las escaleras, con el abrigo y la bolsa de viaje, creyó que alguien lo llamaba. Se detuvo y permaneció unos instantes a la espera. Tal vez fuera la niña, que se despertaba. Volvió a subir, abrió la puerta y se dirigió al dormitorio de su hija. Cuando entró en la casa, le pareció que habían

* XV Premio de Narración Breve, UNED, 2004

distancia

Sin color, con despedida

transcurrido meses desde que salió de allí, vio otro color, otro aire, y hasta los muebles le eran desconocidos. Pero todo esto fue cosa de décimas de segundo, fugacidad, y lo que era peor, deseo. La niña aún dormía y Santos la miró una vez más.

«Nunca envidiaré a los niños», susurró.

Ya en la calle, buscó un bar, preguntó por el teléfono y marcó un número:

«¿Julia? Me voy ahora. Puedes venir ya a por la niña. Sí, aún duermo, pero dile lo que quieras menos que he ido a buscar a su madre. Sería una mentira demasiado atroz. Azucena vendrá pasado mañana. Me voy para siempre. Adiós» —Santos decía esto observando al dueño del bar, que discutía con una vieja harapienta cubierta con una gabardina remendada.

Pidió una cajetilla de tabaco y luego otra más, como si temiera que se le acabaran demasiado pronto. Las guardó mientras le traían el cambio. En la calle nuevamente se enfundó el abrigo. Serían las siete de la mañana y helaba. La niebla se había ido. El color era azul. El número de transeúntes iba en aumento de un modo imperceptible.

«¿Dónde están?, ¿dónde están los colores? En mí. Siempre han estado

en mí, claro. Aunque ya no los tengo, y las cosas ya no son de verdad».

Aceleró el paso, bajó por la calle de las Trinitarias, dejó a un lado Expósitos, donde habían abierto un bar recientemente del que lo echaron borracho, atravesó la plaza deshabitada de palomas y subió por Santiago Apóstol. Al llegar a las avenidas, dio un rodeo por las callejuelas laterales. Odiaba las avenidas, eran para él la parte de las ciudades en la que todas coincidían, en la que todas se mostraban gemelas unas de otras. En esas avenidas tenía la sensación de no estar en ningún sitio y en todos a la vez. Se encaminó hacia la Estación deseando que hubiese pronto un tren.

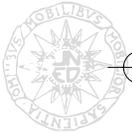
«Las cosas se falsifican. Miro y son verdes o rojas, cierro los ojos y ya no existe ese verde ni ese rojo. Pero lo horrible es que ya no existen para toda la eternidad. Ahora son azul, amarillo, violeta. Mienten, engañan».

Nada se estaba quieto en la estación. Acababa de llegar un tren de la costa y había ruido y encuentros, salidas y entradas apresuradas, rapidísimas. Cuando todo se calmó, aún no había elegido una ciudad a la que dirigirse. Estaba frente a las ventanillas de billetes esperando un empujón, algo ante lo que reaccionar. También esperaba que le gritaran, que le sacaran de esa parálisis. Cerró los ojos y anduvo unos pasos. Tropezó y al abrir los ojos, la mujer lo miraba sin decir palabra, pero estaba tensa, sorprendida, y Santos adivinó por su cara el dolor del golpe. Él no sentía ninguna molestia, pidió sin embargo disculpas y fue en busca de la ventanilla frente a la que se situó un momento antes: Zaragoza, Barcelona, Girona, Port-Bou, Francia.

No había nadie delante de él y eso le azaró. Al otro lado de la ventanilla el taquillero le observaba con curiosidad, casi incitándolo a que se aproximara. A tan sólo unos metros del pequeño mostrador, Santos podía intuir que la cara del hombre del otro lado era levemente estúpida, blanca, afeitada y hasta tal vez oliera a jabón barato. Pensó en una o dos marcas de jabones baratos.

Luego pasaron todas las horas futuras por su mente. Un billete hasta el final de la línea, una revista, la prensa de la región, sentado en el tren, junto a la ventana, algunas palabras con los demás viajeros, cambios de caras en las estaciones, la llegada, el contacto con otras cosas que serían idénticas a las mismas de siempre, la habitación del hotel mediocre, la inestabilidad, la angustia, el miedo y la muerte. Veinticuatro, cuarenta y ocho horas, y luego ¿quién podría medir el tiempo?

Miraba los labios del taquillero, abiertos tontamente. Santos se dio la vuelta y se encaminó hacia la consigna. Allí dejó la maleta y se guardó en el bolsillo del abrigo la chapa de recogida. Unos pasos, otro cigarrillo y salió de la estación. Quiso creer que aquel momento era como si acabara de llegar a la ciudad, a una ciudad nueva en la que nunca hubie-



distancia

Cuaderno de Cultura

ra estado anteriormente. Sabía que eso era imposible, al menos para él.

Hacía frío, pero no había ni rastro de la niebla y era de agradecer que no helara más. Un taxista tarareaba una canción machacándose los dedos contra la portezuela de su coche. Pasó un viejo con un hatillo de cartones a la espalda, extrayendo sonidos desafinados de una armónica. Una mujer se desgañitaba llamando a su hijo, y cuando éste llegó a su lado ella le dio una bofetada y lo zarandó recriminándole exageradamente una pequeñez.

«Todo es igual, incoloro, vacío, repugnante».

Paseó dando el aspecto de una deliberada resignación superior o de una limpieza moral que lo inmunizaba, pero él también sabía hasta qué punto estaba fingiendo. Era un gran sabedor de todo.

Faltaban cinco horas para que saliera el tren. Se puso a caminar con el abrigo colgándole del brazo derecho. Quizás inconscientemente se vio regresando sobre sus pasos por las mismas calles por las que había ido a la estación. Pensó en telefonar a Julia, su cuñada, pero en esos momentos estaría ya en su casa visitando a la pequeña.

«Dormir es un tiempo perdido», dijo para sí.

En cinco horas no iba a recobrar su propia ciudad de nuevo, no lograría salvarla de su severo juicio, así que estaba en la certeza de que durante ese tiempo no ganaría nada. Tampoco perdería más cosas de las que ya llevaba perdidas en esa ciudad provinciana y mezquina que permanecía sin inmutarse ante la Historia y ante la presencia agitada de su propia vida. No se había peinado, la barba tenía varios días, su ropa era antigua. Quería irse, tal vez al otro extremo del mundo, tal vez a una frontera, a cualquier frontera. Amaba las fronteras.

«Las fronteras tienen la ventaja de que pueden cruzarse enseguida».

Optó por pasar las horas restantes en algún café o en un bar que estuviera abierto. Recordó que cerca del río había un *café-concert*, el Cristal Palace, donde recaló un atardecer con Beto Mota. Beto solía ir por allí cada vez que venía a la ciudad.

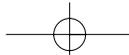
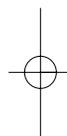
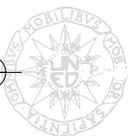
Cuando llegó al Cristal Palace apenas si estaban abriendo el local. Un hombre levantaba la inmensa persiana enrollada y su *traaaac* fue ensordecedor. Una joven, todavía con el abrigo y el bolso de mano, esperaba a un lado de la puerta. Santos se le acercó e hizo un breve gesto de saludo. El hombre abrió por fin y ambos entraron. Santos debió reconocerla después de mirarla un par de veces más y no tuvo tiempo de caer en la cuenta de dónde provenía ese sentimiento de familiaridad hacia la muchacha. Era la camarera, pero Santos la recordaba de otro sitio, de una barra americana en la que había estado cierta noche con Beto Mota. La chica le preguntó qué iba a tomar. Santos respondió: «Café

solo, sin azúcar». Ella se fue a prepararlo. Todavía llevaba el abrigo puesto cuando enchufó la cafetera y cargó el cacillo con el polvo molido. Al poco salió de la cocina con su uniforme y su delantal.

«Tardará un rato», dijo ella con un acento de clase baja que no correspondía a una idea de dulzura imaginada por Santos en las líneas de aquel rostro joven y agradable.

«De acuerdo. Esperaré», dijo Santos.

Cogió el periódico y se sentó en una de las mesas cercanas a las cristalerías que daban a la calle. Hojeó sus páginas con rapidez y enseguida lo dejó a un lado. Miraba a la muchacha colocar las tazas, limpiar la barra y ordenar los vasos y los platos para los desayunos. Observando cómo la muchacha hacía un movimiento grácil con el talle, que le pareció hermoso, para colocar una botella de vermouth en el estante superior, Santos pensó si Beto le habría hablado alguna vez de ella, o si él los habría visto juntos en alguna ocasión. Beto Mota estaba en Alemania desde hacía tres años; la última vez que se encontraron fue cuando nació la niña. A Azucena no le gustó Beto y éste le dijo a Santos en el último momento, bebiendo precisamente en el Cristal Palace:



distancia

Sin color, con despedida

«Líbrate de ella».

Recordó que Beto tenía éxito y ganaba mucho dinero. Nada parecía a su caso. Santos sólo llegó a vender un cuadro por setecientas mil, a un Banco. Nunca se tomó la molestia de ir a ver si adornaba el despacho del director o si sencillamente lo habían situado cerca de los cajeros. Con ese dinero pagó unas mensualidades atrasadas del piso. Después de aquello, dejó de pintar. Beto le decía:

«Tienes que pintar. Hay que pintar. Tienes que hacer lo que sabes hacer, lo que debes hacer. Pintarlo todo. Es un privilegio que te han dado. Pintar es un don».

Y un tiempo después el contradictorio Beto le decía:

«¿Sigues pintando? ¿No? Mejor. Pintar es como dormir, un tiempo perdido».

«Pero se sueña, ¿no crees?» —replicaba Santos con ingenuidad.

«Ah, sí, el sueño... Tiempo perdido» —afirmaba Beto apurando un anís.

Como Santos pensaba en estas cosas mientras tenía los ojos clavados en la muchacha, ésta lo miraba a su vez de cuando en cuando y él se percató de ello. Vio sus ojos metidos en los de ella y cogió de nuevo el periódico, después de dudar instintivamente entre fumar o leer.

«Fumar distrae».

Por fin la muchacha se le acercó con el café. Santos pidió un poco de leche. Cuando ella trajo la leche caliente, Santos le preguntó:

«¿Conoce usted a Mota, a Roberto Mota? Le llaman Beto».

«No, no me suena ese nombre. De todos modos llevo solamente un mes aquí. Estoy sustituyendo a una camarera embarazada. Lo siento» —la muchacha se fue sin darle a Santos la oportunidad de explicarle el motivo de su pregunta.

Santos se extrañó. Aquella respuesta era una mentira. Recónditamente estaba convencido de que esos dos se habrían acostado, y hasta juraría haberlos visto salir juntos del Cristal Palace alguna noche de las que él venía por la ciudad, en verano. Era absurdo en realidad, meditó. Santos nunca había visto a esa mujer. La confundía con otra, tal vez con la compañera de ésta, embarazada y en espera del día del parto. Del parto de un hijo quizá de Beto. La idea le pareció a Santos digna del propio Mota. Volvió a mirar por la cristalería. Había más gente en la calle. El reloj de una iglesia daba el cuarto para las nueve.

Vio a unos albañiles tirando una línea para levantar una pared. Los ladrillos estaban amontonados a su izquierda. Había tres hombres haciendo aquel trabajo. El de mayor edad repasaba y volvía a repasar las medidas. Bajaba un poco de aquí, subía unos milímetros de allá. La línea recta parecía inmejorable. Con un puñado de yeso sujetó las barras en donde estaban atadas las cuerdas. Cuando dijo algo, uno de los muchachos colocó los ladrillos en hilera por el suelo, en paralelo con la recta tra-

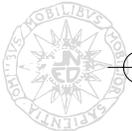
zada. Encendió un cigarrillo con gesto de cansancio. Santos, recíprocamente, apagó el suyo.

«Fumar es distraído» —canturreó Santos.

Luego miró con atención hacia la calle y vio sucesivamente: a una mujer con un perro cojo; a dos niños jugando a perseguirse; a un hombre de mediana edad caminar con angustia; a dos mujeres con bolsas de la compra charlando a la puerta de una tienda; a otro viejo arrastrando cartones; a un guardia municipal; a un grupo de carteros; a un soldado con un petate; a una joven cabizbaja; a otro niño; a dos soldados más. Por fin pasó un coche. Santos acabó su café y dejó el pago de la consumición sobre la mesa de mármol. Salió y se dirigió al río.

En uno de los pretilos de cemento, rajado por varias partes por donde se colaban lagartijas, Santos se detuvo y se apoyó con la mirada perdida como uno de tantos desocupados. Permaneció un largo rato en esa postura. Cerró los ojos y dijo para sí: «¿Dónde diablos están?».

Echó a andar hacia el puente medieval. Lo cruzaba cuando miró a la ribera izquierda. Vio gente y coches, ruido. Se había producido un accidente; sacaban a una mujer del río, ahogada. Santos pensó que se



distancia

Cuaderno de Cultura

habría suicidado. Desde donde él estaba no se distinguía bien el cadáver, pero se apreciaba que era una mujer mayor, casi una anciana. Continuó su marcha.

Le asombró que no hubiese luces en las farolas. Pensó que por eso mismo prefería la luz violeta del atardecer, cuando oscurece un poco y casi el cielo fundido brilla, como un fondo amargo, por las luces incipientes de las farolas, de las ventanas de las casas, de los faros de los coches. Las luces eran importantes para Santos. Las luces de los coches que más le gustaban eran las traseras, de posición. Santos amaba el fulgor de las luces rojas. En realidad no amaba la preeminencia de las luces, sino que quería ver cierta suerte de disfraz en la ciudad. El momento azulino del invierno o el instante rosáceo del verano, eso amaba Santos. Y amaba las luces titilando en las pupilas de la gente que pasaba por la calle, junto a él.

Santos comprobó con desafecto que a las nueve y media de la mañana no había ni una sola luz. Antes de llegar al extremo del puente medieval, se dio la vuelta y tomó un autobús.

Bajó en la zona de las avenidas. Había un parque por allí, pero eligió ir a la estación atravesando las calle-

juelas. Reparaba en los portales sucios y en las ventanas indiscretas de los pisos bajos. Siempre la misma costumbre, el mismo servilismo de la vida. Había un silencio en aquellas calles que le agradaba, pero era artificial, cuestión de cálculo: el ruido, la velocidad, la rapidez, el vértigo incoloro no estaban lejos, sólo a unos pasos de allí, en las avenidas. Vio un bar y luego otro. Vio unas tiendas de ropa y otras de alimentación. Entró en una de alimentación. Sólo había mujeres, que se daban turnos y conversaban. Santos no preguntó cuál era su turno. Estuvo allí, en un rincón, unos minutos, sin abrir la boca. La cara del tendero gordo le pareció hipócrita, convulsionada. No dejaba de hablar con gesticulaciones.

«Cada cosa en su lugar, los marcos de los cuadros siempre serán necesarios, pero sólo serán los marcos» —pensó Santos.

Salió de la tienda de alimentación sin haber comprado nada. No sabría decir a qué había entrado. Mataba así el tiempo.

Le sobraba el abrigo. Al torcer por una esquina y encontrarse a lo lejos, repleta de coches, la estación de ferrocarriles, recordó que había un autocar que salía una hora antes e iba al mismo destino, más allá de la frontera. Decidió no pasar más tiempo en la ciudad, nada le quedaba ya por hacer allí. Se presentó en la consigna de la estación, sacó la chapa con el número y la enseñó. El encargado extrajo una maleta de una celdilla metálica. Cuando Santos se marchaba con su maleta, alguien lo llamó. Como una avalancha, sin mediar palabra, un hombre se le echó encima y palpó

una y otra vez la maleta. Convencido de que no había error y de que no se trataba de la suya, pidió disculpas a Santos.

«Todas las maletas se parecen» —dijo el hombre sonriendo ridículo.

Santos pensó que se trataba de una de las mayores idioteces que podía haber oído. Los dos se separaron; todo fue muy rápido. El hombre desapareció enseguida, se hizo invisible, avergonzado.

Santos prosiguió calle arriba hasta la estación de autobuses, unas manzanas más arriba de la de ferrocarril. Al entrar en ella se dirigió a las ventanillas, despejadas de viajeros. Sacó un billete hasta el final de la ruta. Entró en los andenes. Hubo de andar saltando los bultos de los equipajes. Por fin llegó a su autocar: en la parte superior del parabrisas habría un letrero que ponía FRANCIA. Estaba cansado, se sentía vencido por el sueño. No había dormido apenas la noche anterior. Se subió al autocar y se arrellanó en el asiento. Era un lugar estrecho, incómodo. Se alzó el cuello de la chaqueta y utilizó el abrigo a modo de manta. Maldita barba; le picaba. Y sin tabaco. Aún faltaba una hora para la salida. Se quedó dormido mientras el sol lo llenaba todo de luz.